

Las orillas de ébano

La botella brilló, de repente, sobre el penacho espumoso de una ola y rodó hasta mis pies, donde quedó varada. La recogí esperanzada, pero no guardaba ningún mensaje tuyo. Aún la conservo. La llevé a nuestra destartalada cabaña, la arrullo como a un bebé y le canto en susurros. Le explico cómo me hallo anclada a esta orilla que tuvo noches cálidas, húmedas, abundantes de besos, y ahora está repleta de amaneceres sombríos, habitada por el ansia de reencontrarte que me consume por dentro. Se quedará conmigo para hacerme compañía, ya que tú no estás, hasta que rellene su interior con mis palabras y mis lágrimas. Solo entonces la devolveré a las aguas y permitiré que continúe su camino, entre olas tranquilas, para que te alcance mi lamento, amado mío. ¡Soy tan infeliz tejiendo redes, lejos de ti! Cuando lo pienso, la vida se me hace insoportable. ¡Sola! Me siento sola, me dejaste sola. Continúo sentada en la playa, día tras día, y no tengo compañero con quién hablar. No tengo el esposo que me fue dado, ya no tengo en quien apoyarme.

Si las noches de Saint Louis te resultaban cálidas, ¿por qué buscaste otros acomodados más fríos? ¿Por qué abandonar a tu fiel esposa? Dijiste que te atraían unos amaneceres diferentes: “Escaparé de este país agobiante, de brumas y tinieblas, viviré en la tierra de los ricos *Tiof* del norte, donde abundan los milagros y habitan los grandes peces. Contemplaré paisajes que nunca imaginé”. No estés tan orgulloso de tus palabras, mi amado. Debiste buscar consejo en quien es ignorante. ¿Admitirás ahora que te equivocaste? Quizás te ofuscó la llamada oscura de un dios airado, que perseguía tu perdición. Te marchaste sin mi

bendición. No atendiste llamadas, ni ruegos, ni súplicas. Nada quisiste de mí, de tu dulce Aminata, que al principio te esperaba recostada en un montoncillo de arena, y te sonreía. La arena estaba fría. Iba descalza, llevaba las trenzas sueltas y, engarzadas en los tobillos, mis mejores perlas de *kiffá*. Tenía ganas de hablarte de cosas que tú no querías oír. Acabé llorando perlas amargas de soledad.

La luz mañanera jugaba remolona sobre la barca. Los reflejos del cayuco; blancos, rojos, amarillos, también negros, se hundían en el agua cristalina. El agua parecía ser un frasco mágico que contenía todos los colores de mundo. Un hilillo de agua resbalaba por tu piel brillante, pulida, cuando ibas al encuentro de las olas. Tus piernas rompieron aquella suave gelatina creando fugaces remolinos de espuma. Cargabas con brío un largo remo que acomodaste dentro de la barca, luego empujaste ésta mar adentro, con decisión. En aquel momento agitaste tus manos hacia mí. Estabas alegre, lo recuerdo: "*¡Mangui dem, mangui dem, mangui dem!*". ¡Adiós, adiós, adiós! Así partiste. Desde entonces se borraron los colores en mi vida, un enorme vacío separa nuestras dos orillas. Desde entonces, para mí, todos los días son el mismo día. ¡Qué duro es estar alejada de ti! No quiero seguir tejiendo y destejiendo eternamente redes de pesca sobre la arena. Donde quiera que estés, habrás comprendido, estoy segura, que no debiste partir. No hay lugar para nosotros en otras tierras. Ninguna otra tierra nos ha hecho jamás una promesa. Sólo África nos seguirá allá donde pisen nuestros pies descalzos. Una cabra nunca puede llevar la cola de otra cabra.

Si hubiera sido una turista extranjera, de esas de piel lechosa que toman el sol con descuido en la playa, hubiera enfilado hacia el Norte dentro de la panza de un enorme avión,

decidida a buscarte. Los aviones continúan despegando. Los flamencos alzan el vuelo en bandadas y los pequeños rebaños de cabras dejan de pacer, saltan entre las piedras asustados por su retumbe. Si los miras bien, recortados ahí arriba contra el cielo, semejan cruces blancas, gigantescas. Pero no hay aviones ni barcos para mí. No hay un camino que me lleve hacia ti. Si yo fuera un pez de escamas plateadas escoltaría jubiloso la estela de tu barca sobre el agua mansa. Si fuera espejo me abalanzaría con furia sobre las olas en el fragor de la tormenta que te zarandea. Crearía para ti una playa de cristal. Si fuera espuma de mar, mojaría los párpados que tapan tus ojos de náufrago moribundo, enrojecidos y agrietados, para que el último recuerdo fuera el de tu amada. Besaría esos labios reseco mientras una última ola te arrastra, tardía, engullidora, a las profundidades marinas donde yacen los esqueletos salobres de los marineros muertos. Si fuera una esbelta gaviota revolvería mi pico entre jirones de ropas manchadas, como hacen los piratas cuando blanden su espada afilada, hasta encontrar tu alma ensangrentada. La luna me sabe a sal, ¿o son mis lágrimas? Me elevaría en círculos sobre el aire salino, arriba, arriba, hasta poner un nuevo diamante en la noche africana. ¡Ven conmigo y deja que las olas locas rompan contra las barcas y las inunden con una lluvia de espuma! Las noches de Saint Louis son aún claras, perfumadas, llenas de estrellas corredizas.

Cuando me convierta en un fantasma oscuro te buscaré, ¡oh corazón mío!, entre todos los avernos que pueblan los abismos del mundo. No me detendrán las aguas pesadas del olvido. Allí donde estuvieres te encontraré para, por fin, caminar juntos. Volverás de mi mano a este rincón, a las orillas de ébano, a la fina lengua de arena que es Ndar. Y la noche nunca volverá a ser oscura, ni oír de mis lamentos, ni de mi anhelo por ti.

¿Cómo saber cuándo podremos encontrarlos?

*Querría que fuéramos dos bellos flamencos,
ala con ala, jugando a orillas de la playa de cristal.*

Angel Figueroba